

consideracion y se debatieron otros proyectos, en uno de los cuales el Congreso se dividió en partes iguales al pasarse á la votación. Tratábase de fijar el punto **1789.** donde debia residir el Gobierno; unos opinaban que debia establecerse en las cercanías del Susquehannah; otros pedian que fuera en las del Potomac, y por último, y no aviniéndose las opiniones, dejóse la cuestion en suspenso hasta la próxima legislatura.

La cuestion de asignar sueldo al Presidente, Vice-presidente y miembros del Congreso y otros funcionarios del Gobierno, fué la que suscitó mas dificultades, mas por fin arreglóse este punto asignando al Presidente veinticinco mil duros anuales, al Vice-presidente cinco mil duros, á los jefes de los departamentos tres mil quinientos duros, al jefe de Justicia del Supremo Tribunal cuatro mil duros y á los jueces agregados tres mil quinientos duros. Los miembros de la Cámara de representantes recibirían seis duros diarios como sueldo y otro tanto por cada veinte millas de viaje, y los senadores siete duros diarios y la misma gratificacion que los anteriores en clase de dietas (*). Como los Estados de la Carolina del Norte y Rhode-Island rehusaron adoptar la Constitucion, se les consideró separados de la Union, no estando por lo tanto sujetos á las leyes de esta, razon por la cual en sus relaciones con los Estados-Unidos, se les trató en cierto modo como á estraños. Con arreglo á la ley de recaudacion de derechos, todos los géneros que se importaban de dichos Estados, escepto los de su propio producto y fabricacion, pagaban lo mismo que los del extranjero. Sin embargo, al terminarse la legislatura, y por intervencion de algunas personas influyen-

(*) Véase el *Resumen de los Debates del Congreso*, por el senador Benton, que trata de este asunto, vol. I, páginas 116-137.

tes de la Carolina del Norte y de Rhode-Island, los buques de estos Estados se consideraron como los de la Union, hasta 15 de enero de 1790.

Organizado completamente el Gobierno, Washington tuvo que ocuparse á fines de setiembre en la difícil y delicada tarea de llenar las vacantes de los importantes destinos que acababan de crearse. De presu- **1789.** mir es que el lector no necesitará le digamos que el Presidente obró en esto como en todas las demás cosas de la manera mas concienzuda y con la mayor imparcialidad á fin de que entrasen á servir al pais hombres de carácter y reconocido talento y que ofrecieran suficientes garantías de patriotismo (*).

Tomás Jefferson, sagaz político y muy conocido de sus compatriotas, se estaba preparando para regresar de Francia, y habiendo llegado á los Estados-Unidos á fin de año, ofreciósele el cargo de Secretario de Estado. «Este nombramiento, segun las palabras del mismo Jefferson, no me agradaba mucho, pues mi deseo era volver á París donde habia dejado mi familia, con el objeto de ver el fin de la revolucion que en mi concepto se terminaria antes de un año. Despues de esto pensaba volver á mi pais y retirarme de la vida política, en la que habia tomado parte en fuerza de las circunstancias, para vivir en el seno de mi familia y amigos y entregarme á mis estudios favoritos. En mi contestacion, lo manifesté así con toda ingenuidad al Presidente, diciéndole que yo preferia volver á Francia, pero que si pensaba que podia ser mas útil en la administracion del Gobierno, sacrificaría mi inclinacion sin va-

(*) En la *Vida de Washington*, por Sparks, se reproduce una carta de Washington por la que se verá qué reglas adoptó para nombrar á los empleados públicos. Esta carta es muy curiosa y da lugar á reflexiones no muy agradables.

cular, presentándome inmediatamente á ocupar mi destino, lo cual dejaba á su decision. En Monticello recibí una segunda carta del Presidente, quien me manifestaba su deseo de que fuera á tomar posesion. Concediéndome, á pesar de todo, la libertad de obrar á mi antojo, si no podia conciliar los extremos. Esto venció mi resistencia y acepté el empleo.» Sin embargo, hasta fin de marzo del año siguiente no se presentó Jefferson en Nueva-York á tomar posesion de su nuevo cargo.

Alejandro Hamilton fué nombrado Jefe de la Tesorería: ya hemos hablado de su reconocido talento; el profundo afecto que le profesaba Washington tanto por sus nobles cualidades, como porque estaba seguro de que aunque jóven era uno de los mas entendidos políticos del pais, fué lo bastante para que se deseara que llegase á ser miembro del gabinete. Para el citado departamento se nombró á Nicolás Eveleigh administrador, á Oliverio Wolcott auditor, y á José Nourse registrador.

El General Knox, que estaba ya desempeñando las funciones de su cargo, fué nombrado secretario de la guerra, pues sus numerosos servicios y su reconocida disposicion y aptitud le hacian el mas á propósito para ocupar este destino.

Edmundo Randolph fué elegido por el Presidente para el cargo de procurador general; su reputacion como abogado, y el haber sido ya gobernador de Virginia, y uno de los primeros que aprobaron la Constitucion, eran suficientes méritos para conferirle dicho cargo.

De este modo quedó formado el gabinete de Washington, y en su eleccion puede decirse que se guió no solo por el afecto que el público profesaba á estos hombres notables, sino tambien porque conocia su indisputable mérito y reconocida disposicion.

Obedeciendo á los mismos principios que le guiaran en los anteriores nombramientos, Washington eligió á Juan Jay para el cargo de jefe de Justicia. El talento, rectitud, patriotismo y reconocida moralidad del distinguido jurisconsulto eran las cualidades mas necesarias para el que habia de ocupar tan elevado puesto.

Al comunicar á Mr. Jay la noticia de su nombramiento, escribióle Washington lo siguiente: «Tengo plena confianza en que el amor que profesais á vuestro pais, y el deseo de promover el bienestar general, serán motivos mas que suficientes para que aprovecheis vuestro talento, rectitud y buenas disposiciones, tan necesarias en ese departamento, que puede considerarse como la piedra de toque de nuestro edificio político.» Guillermo Cushing, de Massachusetts, Jaime Wilson, de Pennsylvania; Roberto H. Harrison, de Maryland, Juan Blair, de Virginia, y Juan Rutledge, de la Carolina del Sur, todos hombres distinguidos, recibieron el nombramiento de jueces agregados. La eleccion de estas personas para compañeros de Mr. Jay, fué, como dice Mr. Sparks, sumamente acertada, pues de este modo se constituyó un tribunal digno del rango que le conferia la Constitucion (*).

Poco antes de terminarse las sesiones, aprobáronse dos acuerdos: uno declarando «que la Cámara consideraba de la mayor importancia para el honor nacional y para

(*) Al hablar Marshall de los hombres distinguidos que entraron á servir á su pais al organizarse el Gobierno, hace los mayores elogios del Vice-presidente en estos términos: «Como hombre de Estado, este caballero alcanzó una gran reputacion entre sus compatriotas; poseia grandes conocimientos políticos é históricos, y acaso ningun americano llegó á conocer tan profundamente la ciencia de gobernar. Su exaltado entusiasmo por su pais halagaba á sus compatriotas, y la reconocida rectitud que observara toda su vida en la que tantos servicios prestó á su patria, inspiraba á todos confianza.»

conservar el crédito público, adoptar una medida encaminada á este fin,» y la otra disponiendo «que el secretario preparase un plan con este objeto y lo presentara á la Cámara en la próxima legislatura.» Además de esto, el Congreso no echó en olvido que el pueblo de la Union debía los beneficios de que disfrutaba al Todopoderoso quien dispone de los destinos de los hombres y las naciones, y que por lo tanto se le debian dar gracias públicamente por sus bondades.

En su consecuencia, recomendóse al Presidente, prévia una resolucion de ambas Cámaras del Congreso, que invitase al pueblo de los Estados-Unidos á que consagrarse un dia á la celebracion en accion de gracias al Ser Supremo por los muchos y señalados favores que le concediera, y especialmente por haber permitido establecer pacíficamente un nuevo Gobierno para su bienestar y felicidad.

Después de muchas y atareadas sesiones, durante las cuales, segun dice Marshall, reinó la mas perfecta armonía entre los poderes ejecutivo y legislativo, sin que ocurriese na-

da que amenazara turbarla, el Congreso suspendió sus sesiones en 29 de setiembre, aplazándola hasta el primer lunes de enero de 1790.

Cerramos el presente capítulo con el extracto de una carta de Washington escrita algunos meses mas tarde. Dice así: «No me cabe la menor duda que este Gobierno, aunque no del todo perfecto por ahora, es uno de los mejores del mundo. Siempre creí que una representacion libre é igual del pueblo, en la legislatura, juntamente con un eficaz poder ejecutivo responsable, era la mas fuerte columna sobre la cual pueda apoyarse la libertad americana. Verdaderamente es casi milagroso que haya habido hasta unanimidad al tratarse puntos de la mayor importancia entre tan gran número de ciudadanos de tal modo diseminados, y de tan distintas costumbres. Esta unanimidad y buenas disposiciones de los ciudadanos, son las mas favorables circunstancias para continuar este Gobierno que tenemos grandes motivos para creer, satisfará al pais.»

CAPÍTULO V.

1789—1791.

ACCION DEL PRIMER CONGRESO.

Washington visita á Nueva-Inglaterra.—La Carolina del Norte se une á la Union.—Discurso de Washington.—La deuda nacional.—Informe de Hamilton.—Se propone un plan.—Debates.—Extracto de las discusiones sobre la deuda del Estado.—Se establece el Gobierno en el Potomac.—Se adopta un plan.—Medidas que se tomaron para atender al pago de la deuda nacional.—Efecto que produjeron.—Se trata de otros asuntos en el Congreso.—Muerte del doctor Franklin.—Rhode-Island se agrega á la Union.—La influencia extranjera y los indios.—Tratado de paz con los Creeks.—Hostilidades en el Noroeste.—El gobernador Morris y el ministerio inglés.—Resultado de los trabajos de Mr. Morris.—Actas de la tercera sesion del Congreso.—Discurso de Washington.—Se fijan derechos sobre los espíritus destilados.—Debate obstinado.—BILL para incorporar el Banco de los Estados-Unidos.—Debate.—Cuestion de Constitucionalidad.—Objeto del Banco; su capital; su duracion, etc.—Debate en el gabinete sobre la cuestion constitucional.—Vermont es admitido en la Union.—El censo de 1790.—Terminacion de las sesiones.—Observaciones de Marshall.—Apéndice al Capítulo V.—¿Era ó no era la creacion del Banco de los Estados-Unidos un acto constitucional?

Cuando se cerró el Congreso, Washington, que habia estado peligrosamente enfermo en el mes de junio (*), resolvió aprovechar la ocasion para dar una vuelta por los Estados orientales, no solo con el objeto de ver si prosperaba el pueblo, sino tambien para restablecer por completo su quebrantada salud y gastadas fuerzas. Washington se puso en marcha el 15 de octubre acompañado por Mr. Lear y Mr. Jackson,

(*) Era un caso de Antraks tan maligno, que por muchos dias estuvo Washington enfermo de gravedad. En cierta ocasion, habiéndose quedado solo con el Dr. Bard, el general Washington, mirándole fijamente le dijo que le manifestase con ingenuidad, cuándo acabaria su enfermedad, añadiendo con esa agradable firmeza característica en él: «No me halagueis con vanas esperanzas, yo no temo morir y por lo tanto podeis decirme la verdad. La respuesta del Dr. Bard, aunque revelaba esperanzas, no ocultaba cierta inquietud. Entonces repuso el Presidente: «Poco importa que sea hoy ó dentro de veinte años, pues conozco que estoy en manos de una buena Providencia. *Vida del Dr. Samuel Bard*, página 136.

sus secretarios, y viajando en su propio coche recorrió New-Haven, Hartford, Worcester, Boston, Salem y Newburyport, hasta Portsmouth en New-Hampshire, y volviendo por un camino distinto, llegó á Nueva-Nork el 13 de noviembre.

Washington tuvo bastantes motivos para quedar satisfecho de la visita, pues además de haber evocado el recuerdo de otros tiempos menos dichosos, no pudo menos de conmoverle el universal entusiasmo del pueblo. En todas partes donde se presentaba, agrupábase la gente á su alrededor, dispensándole las mayores muestras de respeto y veneracion. Todos querian darle hospitalidad, y los padres traian á sus hijos para que contemplasen al gran hombre que la patria no podría nunca olvidar.

Poco después de su vuelta á Nueva-York, Washington supo que el general Lincoln,